

piés y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del sepulcro, porque tiene seis piés menos una pulgada de largo, y dos piés y dos tercios y medio de ancho. Sobre esta mesa se puso el cuerpo de nuestro Señor, con la cabeza hácia el Occidente y los piés al Oriente; pero á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creian que dejando sus cabellos sobre esta piedra Dios no les abandonaria jamás, y tambien porque los peregrinos rompian algunos pedazos de la piedra, fué preciso cubrirla con mármol blanco que sirve de altar, donde se dice misa. En esta santa capilla arden continuamente cuarenta y cuatro lámparas, y para que salga el humo se han abierto tres agujeros en la bóveda. La parte interior del sepulcro está tambien cubierta toda de mármol, y adornada con muchas columnas que sostienen una hermosa cúpula.

“A la entrada de la puerta del sepulcro hay una piedra de pié y medio en cuadro, y levantada un pié de tierra: es de la misma raza, y servia para que se apoyase sobre ella la otra que tapaba la puerta del Santo Sepulcro. Sobre esta piedra estaba el ángel cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio quanto por reverencia del Santo Sepulcro, los primeros cristianos levantaron allí delante una capilla que se llama del Angel.

“A doce pasos del Santo Sepulcro y mirando al Septentrion, se encuentra una gran piedra de mármol gris, que puede tener cuatro piés de diámetro, y se ha colocado allí para indicar el lugar en que nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano.

“Mas adelante está la capilla de la Aparicion, donde es tradicion que nuestro Señor se apareció primero á la Virgen despues de resucitado. En este paraje es donde los religiosos de San Francisco celebran de continuo sus oficios.

y donde se retiran, pues de allí pasan á unos cuartitos que no tienen mas salida que por esta capilla.

“Siguiendo en dar la vuelta á la iglesia, se halla una capilla abovedada que tiene siete piés de largo y seis de ancho, y la llaman la cárcel de nuestro Señor, porque aquí lo tuvieron mientras se hacia el agujero para poner la cruz. Esta capilla está á la parte opuesta del monte Calvario; de manera que estos dos parajes forman como el crucero de la iglesia, pues el monte está al Mediodía y la capilla al Septentrion.

“Muy cerca de allí hay otra capillita de cinco piés de largo y tres de ancho, que está en el mismo paraje en que los soldados quitaron á nuestro Señor las vestiduras antes de clavarle en la cruz, y donde echaron suertes y las dividieron.

“Saliendo de esta capilla se encuentra á mano izquierda una espaciosa escalera que rompe por la misma pared de la iglesia para bajar á una especie de cueva abierta á pico en la misma roca. Despues de bajar treinta escalones, se entra en una capilla que está á mano izquierda y se llama comunmente la de *Santa Elena*, porque esta santa estuvo en oracion en ella mientras se buscaba la santa cruz. Se bajan aún once escalones para llegar al paraje donde se halló la santa cruz con los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, que habian estado allí sepultados mas de trescientos años.

Cerca de lo alto de la escalera, y tirando hácia el monte Calvario, hay una capilla que tiene cuatro pasos de largo y dos y medio de ancho, y bajo su altar se ve una columna de mármol gris con manchas negras, que tiene dos piés de alto y uno de diámetro, y se llama la *Columna del Impro-*

perio, porque allí sentaron á nuestro Señor para coronarle de espinas.

“A diez pasos de esta capilla se encuentra una escalera muy estrecha, cuyos escalones son de madera al principio y de piedra al fin, hasta el número de veinte, y por ellos se sube al monte Calvario. Este paraje, que antes era tan ignominioso, habiéndose santificado con la sangre de nuestro Señor, cuidaron de él muy particularmente los primeros cristianos; y despues de haber hecho quitar toda la tierra é inmundicias que habia encima, lo cercaron con paredes, de manera que ahora es como una capilla superior metida en esta grande iglesia. Por dentro está toda cubierta de mármol, y dividida en dos como un arco; la parte que está al Septentrion es el paraje en que Nuestro Señor fué clavado en la cruz. Aquí están ardiendo siempre treinta y dos lámparas, de las que cuidan los religiosos de San Francisco, los cuales celebran allí misa todos los dias.

“En la otra parte, que está al Mediodía, fué plantada la Santa Cruz, y aun se ve el agujero cavado en la tierra como pié y medio de hondo, además de la tierra que tenia encima: á los lados están señalados los agujeros de las cruces de los ladrones. La del buen ladron estaba al Septentrion, la del malo al Mediodía; de modo que el primero se hallaba á mano derecha de nuestro Señor, que tenia el rostro vuelto al Occidente, y la espalda á Jerusalem, que caia al Oriente. Aquí arden siempre cincuenta lámparas.

“Debajo de esta capilla están los sepulcros de Godofredo de Bullon y de su hermano Balduino, en los que se leen estas inscripciones:

HIC JACET INCLYTUS DUX GODOFRIDUS DE
BULION, QUI TOTAM ISTAM TERRAM
ACQUISIVIT CULTUI CHRISTIANO, CUJUS ANIMA
REGNET CUM CHRISTO. AMEN.

REX BALDUINUS, JUDAS ALTER MACHABEUS,
SPES PATRIÆ, VIGOR ECCLESIE VIRTUS UTRIVSQUE
QUEM FORMIDABANT, CUI DONA TRIBUTA FEREBANT
CEDAR ET ÆGYPTUS, DAN AC HOMICIDA DAMASCUS,
¡PROH DOLOR! IN MODICO CLAUDITUR HOC TUMULO.¹

“El monte Calvario es la última estacion de la iglesia del Santo Sepulcro, pues á veinte pasos de allí se encuentra la piedra de la *uncion*, que está precisamente á la entrada de la iglesia.”

Habiendo hablado Deshayes por su orden de las estaciones de los Santos Lugares, solo me queda tratar de la reunion de estos edificios.

Se ve, pues, que la iglesia del Santo Sepulcro consta de otras tres, que son la del Santo Sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la Santa Cruz.

La iglesia que propiamente llamariamos del Santo Sepulcro, está situada en el valle del monte Calvario, y sobre el mismo terreno en que se sabe fué enterrado Jesucristo. Esta iglesia forma una cruz, y la misma capilla del Santo Sepulcro no es, en efecto, mas que la nave mayor del edificio, que es redondo como el panteon de Roma, y solo le

¹ Además de estos dos sepulcros se ven otros cuatro medio rotos. En uno de ellos se lee, aunque con dificultad, un epitafio copiado por Coticovic.

entra la luz por una cúpula, bajo la cual se halla el Santo Sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan el circuito de esta rotunda, y sostienen, formando diez y siete arcos, una galería superior compuesta de diez y seis columnas y diez y siete arcos mas pequeños que los inferiores. Sobre el friso de la última galería se levantan otros tantos nichos correspondientes á los arcos, y desde estos nichos arranca la cúpula. Estos nichos estaban antes adornados con mosaicos que representaban á los doce apóstoles, á Santa Elena, al emperador Constantino, y otros personajes no conocidos.

El coro de la iglesia está al Oriente de la nave del Sepulcro: es doble como en las antiguas basílicas, es decir, que forma primero el círculo de la sillería para los sacerdotes, y despues el santuario, que se eleva por dos gradas sobre el coro. En derredor de este doble santuario corren las alas colaterales del coro, y en ellas se hallan las capillas que describe Deshayes.

En la nave de la mano derecha, y detrás del coro, se encuentran las dos escaleras que van la una á la iglesia del Calvario, y la otra á la capilla de la Invencion de la Santa Cruz: la primera sube á la cumbre del Calvario, y la segunda baja al Calvario mismo; pues en efecto, la cruz fué plantada en la cumbre del Gólgota y hallada bajo de este monte. Así pues, la iglesia del Santo Sepulcro está edificada al pié del Calvario, y toca por su oriental con este montecillo, encima y bajo del cual se han edificado otras dos iglesias, que comunican por medio de paredes y escaleras en bóveda con la iglesia principal.

La arquitectura es ciertamente del siglo de Constantino, pues que toda es del orden corintio. Los pilares unos son muy gruesos y otros muy delgados, y su diámetro no guar-

da por lo comun proporcion alguna con su altura; sin embargo, algunas columnas apareadas que sostienen el friso del coro son de buen gusto. Como la iglesia es alta y espaciosa, las cornisas se presentan á la vista con bastante grandiosidad; pero como hace unos sesenta años que se rebajaron los arcos que separan el coro de la nave, no se goza ya de la vista entera de la bóveda.

La iglesia no tiene peristilo y se entra en ella por dos puertas laterales, aunque solo una está abierta, y por lo tanto parece que el edificio no ha tenido ningun adorno exterior, además de que está cubierto por los conventos griegos que han pegado á sus paredes.

El monumento de mármol que cubre al Santo Sepulcro, tiene la figura de un catafalco, adornado con arcos semi-góticos metidos en los lados del mismo catafalco, que se eleva con gracia bajo la cúpula, de donde recibe la luz; pero lo afea una capilla muy pesada que los armenios han logrado el permiso de construir al uno de sus extremos. La parte interior del catafalco presenta un sepulcro sencillo de mármol blanco, se apoya por un lado en la pared del monumento, y sirve de altar á los religiosos católicos: este es el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

El origen de la iglesia del Santo Sepulcro es de muy remota antigüedad. El autor del *Epítome* de las guerras sagradas (*Epítome bellorum sacrorum*), sostiene que cuarenta y seis años despues que Vespasiano y Tito destruyeron á Jerusalem, los cristianos lograron que Adriano los autorizase para edificar, ó mas bien reedificar un templo sobre el sepulcro de su Dios, y de comprender dentro de las murallas de la nueva ciudad los demás parajes que veneran, y añade que Santa Elena ensanchó y reparó este templo. Cuaresmio impugna esta opinion, y dice: "que los

fieles solo en el reinado de Constantino obtuvieron el permiso de edificar templos." El sábio religioso olvida sin duda que antes de la persecucion de Diocleciano ya poseian los cristianos numerosas iglesias y celebraban públicamente sus misterios. Lactancio y Eusebio remontan á esta época la riqueza y la felicidad de los fieles.

Además de otros autores dignos de fe, Sozomeno, en el segundo libro de su *Historia*; San Gerónimo, en sus *Epistolas* á Paulino y Rufino; Severo, libro II; Nicéphoro, libro XVIII, y Eusebio en la *Vida de Constantino*, nos dicen que los paganos cercaron con una muralla los Santos Lugares, y que colcaron una estatua de Júpiter sobre el sepulcro de Jesucristo, y otra de Venus sobre el monte Calvario, y que consagraron un bosque á Adonis en el mismo paraje en que nació el Salvador. Estos testimonios demuestran por la misma profanacion de los Santos Lugares, la antigüedad del verdadero culto en Jerusalem, y prueban que los cristianos ya tenian allí templos.

Como quiera que sea, la fundacion de la iglesia del Santo Sepulcro data á lo menos del reinado de Constantino, y Eusebio nos ha conservado una carta de este príncipe, en la cual manda á Macario, obispo de Jerusalem, que levante una iglesia en el mismo paraje donde se cumplió el misterio de nuestra salvacion. El obispo de Cesarea describe en seguida esta nueva iglesia, cuya dedicacion duró ocho dias. Si fuera necesario apoyar esta cita de Eusebio, podriamos apelar al testimonio de Cirilo, obispo de Jerusalem (*Catech.* I, 10, 13), de Teodoreto, y del mismo *Itinerario de Burdeos á Jerusalem*, en 333. *Ibidem, jussu Constantini imperatoris, basilica facta est mirae pulchritudinis.*

Como tres siglos despues, fué destruida esta iglesia por Cosroës II, rey de Persia. Heraclio reconquistó la verda-

dera cruz, y Modesto, obispo de Jerusalem, restableció la iglesia del Santo Sepulcro. Algun tiempo despues, el califa Omar se apoderó de Jerusalem; pero permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Hacia el año 1009, Hequem ó Hakem, que reinaba en Egipto, destruyó el sepulcro de Jesucristo. Unos dicen que la madre de este príncipe, que era cristiana, hizo levantar las paredes de esta iglesia, y otros sostienen que el hijo del califa de Egipto, á ruegos del emperador Argyrúpilo, permitió á los fieles que erigiesen un nuevo monumento en aquellos Santos Lugares. Pero como en la época del reinado de Hakem los cristianos de Jerusalem no eran ni bastante ricos ni bastante hábiles para construir el edificio que cubre actualmente el monte Calvario,¹ y como á pesar de un pasaje muy sospechoso de Guillermo de Tiro, nada indica que los cruzados hiciesen construir en Jerusalem una iglesia del Santo Sepulcro, es probable que la que fundó Constantino ha permanecido siempre cual se halla en el dia, á lo menos en cuanto á las paredes del edificio, como se prueba además por el mismo género de su arquitectura.

Habiéndose apoderado los cruzados de Jerusalem el 15 de Julio de 1099, libertaron el sepulcro de Jesucristo de mano de los infieles, y permaneció ochenta y ocho años en poder de los sucesores de Godofredo de Bullon. Cuando Jerusalem volvió á caer bajo el yugo de los musulmanes, los sirios rescataron á precio de oro la iglesia del Santo Sepulcro, y los religiosos vinieron á defender con sus oraciones unos parajes inútilmente confiados á las armas de los reyes; y de este modo, por entre mil revoluciones, la

¹ Dicen que María, mujer de Hakem y madre del nuevo califa, costeó este edificio, y que le ayudó en tan piadosa obra Constantino Monomaco.

fe de los primeros cristianos nos habia conservado un templo cuya suerte parecia ser la de acabar en nuestro siglo.

Los primeros viajeros fueron los mas afortunados, porque no estaban obligados á entrar en estas cuestiones de la crítica, en primer lugar porque sus lectores profesaban la religion que no disputa jamás con la verdad; y despues, porque todos estaban convencidos de que el único medio que habia para visitar aquel país, era ir acompañados de las tradiciones y del Evangelio. Efectivamente, para recorrer la Tierra Santa se debe llevar en la mano la Biblia y el Evangelio. Si se quiere llevar hasta allí un espíritu de cavilosidad y de disputa, en este caso no vale la Judea la pena de ser visitada. ¿Qué se diria de un hombre que, recorriendo la Grecia y la Italia, solo se ocupase en contradecir á Homero y á Virgilio? Y sin embargo, así se viaja hoy: resultado sensible de nuestro amor propio, que se afana por hacernos mas hábiles, dándonos por base el desprecio y la vanidad.

Tal vez me preguntarán mis devotos lectores ¿qué fué lo que yo sentí al entrar en aquellos asombrosos lugares? pero realmente no podré esplicarlo, pues á un tiempo mismo me ocurrieron mil ideas, sin fijarme en ninguna en particular. Media hora permanecí de rodillas en la capillita del Santo Sepulcro con los ojos clavados en la piedra, sin poderlos apartar de allí. Uno de los religiosos que me acompañaban se postró á mi lado y dejó caer su rostro sobre el mármol; y otro, teniendo en la mano el Evangelio, me leia á la luz de las lámparas los pasajes relativos al Santo Sepulcro. A cada versículo añadia la siguiente oracion: *Domine Jesu Christe, qui in hora diei vespertina de cruce depositus, in brachiis dulcissimæ Matris tuæ reclinatus fuisti, horaque ultima in hoc sanctissimo monumento corpus*

tuum examine contulisti, etc. Lo que puedo asegurar es, que al ver aquel sepulcro triunfante, solo contemplé mi propia flaqueza; y cuando el sacerdote exclamó con San Pablo: *¿Ubi est, Mors, victoria tua? ¿Ubi est, Mors, stimulus tuus?* apliqué el oido como si la muerte fuese á responder que se hallaba vencida y aherrojada en aquel sagrado monumento.

Anduvimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario. ¿Dónde hallaremos en toda la antigüedad sucesos tan maravillosos, y que tan tiernos sean como los últimos de que nos habla el Evangelio? No son estos aquellos caprichosos acaecimientos de una deidad falsa y como estraña á la misma humanidad: es historia mas poética, que arranca lágrimas por su belleza, y cuyas consecuencias, aplicadas al universo, mudaron del todo su faz. Acababa de recorrer los monumentos de Grecia, y estaba aún admirado de su grandeza; pero ¡cuán lejos estaban aquellos de producir en mí el asombro que sentia al ver los Santos Lugares!

La iglesia del Santo Sepulcro, compuesta de otras muchas, edificada sobre un terreno desigual, y alumbrada con muchas lámparas, es sobremanera misteriosa, y reina en toda ella una oscuridad que favorece la devocion y el recogimiento del alma. Los sacerdotes cristianes de diferentes sectas habitan las varias partes de este edificio. Desde lo alto de los arcos, en donde habitan como unas palomas, en lo interior de las capillas y en los subterráneos, resuenan sus cánticos á todas las horas del dia y de la noche: el órgano de los religiosos latinos, los címbalos del sacerdote abisinio, la voz del monge griego; las oraciones del solitario armenio, aquella especie de quejido del monte costó, resuenan á un mismo tiempo en vuestros oidos: no sabeis de dónde salen aquellas voces, percibís el olor de los